

LOS ENCUENTROS CON JESÚS

Hna. Ángela
Cabrera, MDR*

* Religiosa de la Congregación Misioneras Dominicanas del Rosario. Hizo Licenciatura en Ciencias de la Religión. Posteriormente vivió en Nicaragua donde se dedicó a la formación bíblica para líderes cristianos, y formandos de la Vida Consagrada. En 2006 inicia sus estudios de posgraduación en São Paulo, Brasil. Concluye el bachillerato en teología, la maestría, y posteriormente el doctorado en el área bíblica. Es profesora de Sagrada Escritura en el Centro de Teología Santo Domingo de Guzmán y en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino. Directora Nacional de las Escuelas de Teología para Laicos del Instituto Nacional de Pastoral, y Decana de la Facultad de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica Santo Domingo. Colabora en proyectos de formación y de retiros espirituales en la Conferencia Dominicana de Religiosos. Es investigadora. Ha escrito varios libros y numerosos artículos de utilidad académica y pastoral.

Resumen:

Este artículo muestra un pequeño recorrido sobre los encuentros con Jesús en los evangelios. En un primer momento, parte de Dios Padre, como origen, motor de todo encuentro fecundo generador de vida, justicia y santidad. Posteriormente, detiene la mirada en la madre María, como mujer que inaugura y pone los criterios para encontrarse con el Señor. Presenta las repercusiones y consecuencias de tal aproximación íntima, así como los frutos que de ella se generan. ¿Qué significa estar con Jesús? En Marcos 1, 17 adelanta que llama a estar con Él para enviar a predicar con la fuerza del Espíritu Santo. Para hablar sobre Jesús es necesario estar con Él. Para ser en Él, es preciso transformarse en el fuego de su presencia. Que esta pequeña reflexión anime a la Vida Religiosa a ser discípula, a los pies del maestro, y misionera, participe de la vida salida de las entrañas del Padre (cf. Aparecida, 131).

Palabras clave:

Encuentro - Sanación - Transformación - Conversión - Predicación - Misión - Salvación

Encontrarse es cosa de Dios

Dios no sabe estar solo, literalmente solo; además de aburrido, estar y vivir solo debe ser muy triste. Aunque Dios posea divina autenticidad en su propia esencia, su naturaleza es comunitaria. Ha salido de Él mismo para hacer participar a la humanidad de su gloria (cf. Aparecida, 129). En este sentido, la Teología Bíblica lo muestra diligenciando los preparativos para el encuentro con su pueblo (Ex 25, 22). Como una persona enamorada se alista para recibir a su amor, Él se empeña para que los detalles permitan la experiencia. Es en este contexto donde nos llega la imagen de la “tienda del encuentro” (Ex 30, 18).

En la tradición bíblica, se esperaba que el pueblo viniese donde Dios había prometido estar. Nunca faltó a su compromiso. Pero nunca dejó sin compromiso a quien se encontrase con Él. La unión de ambas partes, aun con intermediarios, transformaba al lugar en espacio sagrado, santidad que abrazaba, de manera especial, a las personas (Ex 29, 43). El lugar de experiencia o de encuentro queda grabado como un memorial bendito. Lo vivido reviste de sa-

cralidad la experiencia. Notamos, a su vez, que ya en la tienda, en la montaña, en el desierto o en el camino, el encuentro acontece sin interferencias geográficas, porque donde está el deseo o la necesidad se inaugura el espacio predilecto para encontrarse. Quiere decir que estando en camino puede suceder el encuentro: “Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz para mi sendero” (Sal 119, 5).

Son evidentes iniciativas creativas surgidas por la urgencia del amor: “Dios se nos ha aparecido” (Ex 5, 3). Sale al encuentro las veces que sean necesarias (Nm 23, 3). Sorprende en cualquier espacio o momento, sin previo aviso. Su proximidad es como fuego ardiente incesante en cuyas llamas se invita a despojarse de las propias sandalias, de las pequeñeces humanas, empolvadas, limitadas, que estorban la dignidad del proyecto a ser compartido (Ex 3, 5). Quitarse las sandalias es un acto de reconocimiento, y también una manera de permitirse tocar la tierra, sentirla, impregnarse, empaparse de Dios, desde las plantas de los pies hasta más allá de los pelos de la cabeza.

En resumen, podemos afirmar desde la Carta a los Hebreos que muchas veces y de muchas maneras, se ha “encontrado” Dios en el pasado “con” nuestros padres por medio de los profetas y las profetisas. Pero en los últimos tiempos lo ha hecho por medio de su Hijo (cf. Hb 1, 1-2). La encarnación puede considerarse el máximo escándalo del amor de Dios, la más relevante de sus innovaciones para darse a conocer de manera perfecta, e invitarnos integralmente a vivir en su perfección, en un encuentro sin fin.

María: pionera del encuentro con Jesús

Si hoy hablamos, desde la fe cristiana, de la cultura del encuentro, es porque una mujer, por encima de cualquier obstáculo, se dispuso a creer en esta locura. Abriendo el Evangelio se halla la afirmación de que lo engendrado en su vientre es del Espíritu Santo (Mt 1, 20). Ella, quien fue encontrada por el ángel en su espacio cotidiano (Lc 1, 26-28), se traslada como sagrario itinerante a la casa de Isabel, promoviendo con profundo sentido teológico, la cultura del encuentro

(Lc 1, 39-45). María establece los criterios del encuentro con Jesús: la humildad precede todo intento de tal aproximación. El Papa Francisco recuerda que ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, quien dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar¹.

El niño Jesús, Dios hecho carne, no tuvo reparo de salir al encuentro. Indefenso, tierno, pequeño, necesitó ser acogido y encontrado. Es así como María y José son, en un primer momento, responsables de la tarea divina. Sin tener suficiente claridad, colaboran para favorecer el encuentro con el Niño. Invierten sus escasos recursos, así como sus más valiosos tesoros: su tiempo, sus propias personas, sus actitudes de acogida, paciencia y gratitud, para que otras personas lo colmen de amor, reverencia y ternura (Mt 2, 7-12).

Los magos nos enseñan cómo hemos de llegar y estar en el encuentro: caminan en búsqueda, observan las señales con atención, disfrutan el trayecto con alegría, porque la alegría consiste

¹ Cf. Monseñor de la Rosa y Carpio, “Así lo dijo el Papa Francisco sobre la Virgen María en el año 2015”. Periódico *El Caribe*, 29/10/16.

en caminar hacia el encuentro, entran al lugar, porque ya María tiene el espacio abierto. Interesa notar el detalle del texto “vieron al niño con María, su madre” (Mt 2, 11); todo indica que lo tenía enfrente, en el centro, como lo más importante. Ella pone al Hijo fácil de encontrar. Ni siquiera preguntan por él, lo descubren inmediatamente. No establecen diálogo con ella. Van mudos al objetivo. Sin embargo, esta mudez ha de ser interpretada como el regocijo mariano, pues su felicidad es que la humanidad lo descubra como ella lo ha descubierto. Una vez dentro, los visitantes se postran, se abajan, reconocen, identifican, adoran. Seguidamente abren sus cofres y ofrecen sus regalos (Mt 2, 11).

En otra escena, Lucas 2, 22 dice: “llevaron a Jesús”; sí, lo llevaron sus padres al templo para presentárselo al Señor. El viejo Simeón lo descubre; él nos dice que del encuentro con Jesús nace la profecía. También, Ana argumenta, con su testimonio, que de la proximidad con Jesús se recobra el sentido y la revitalización de la vida: al encontrarlo, habla de él para todos los que aguardaban la realización de las promesas (Lc 2, 38). En contacto con Jesús se ocupa el tiempo alegremente.

Ese pequeño Jesús, que iba creciendo, fortaleciéndose, llenándose de sabiduría y gracia (Lc 2, 40), un día se perdió. Se perdió el que habían encontrado. Se le desarrollaron las facultades y empezó a marcar nuevos rumbos. Fue encontrado a los tres días en el templo, reunido con los maestros, haciéndoles preguntas y conversando (Lc 2, 46). Interesa destacar el espacio del encuentro de Jesús con los adultos de la tradición, los temas entablados, sus inquietudes. Aun, a su edad, no está dando respuestas, sino haciendo preguntas.

Jesús sale al encuentro

Un encuentro importante es el de Jesús con Juan. Juan, extrañado, le pregunta: -¿y vienes tú donde mí? (Mt 3, 14). ¿Acaso no recuerda la pregunta de Isabel a María?: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Lc 1, 43). Jesús se deja bautizar con agua, por Juan. Un gesto de profunda humildad. Se abrieron los cielos y el Espíritu se hizo presente. Si antes fueron sus padres quienes lo conducían, ahora será el Espíritu (Mt 4, 1).

No todos los encuentros son agradables ni fecundos. También

el diablo quiere ser “encontrado”, y se hace el encontradizo, no sin antes prepararse: se aprende de memoria trechos de la Sagrada Escritura, con el interés y la pretensión de tentar al inocente: “si eres Hijo de Dios tírate, porque está escrito: a sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna” (Mt 4, 6; cf. Sal 91, 11-12). Jesús alerta ante encuentros que matan cuando falta la oración y el sacrificio por la justicia. Estos dos elementos son indispensables para cuando el diablo salga al encuentro se retire frustrado y agotado de tanto tentar sin resultados.

Jesús, una vez experimentado, comienza a convocar a sus discípulos: “Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19). De la misma manera que los pescadores van detrás de los peces, así Jesús desea que los suyos vayan detrás de las personas para conducirlos al encuentro transformante con su Padre. Pescar es disponerse a entrar en contacto con las aguas. No se pesca en la superficie.

Por otra parte, los peces no vienen al encuentro del pescador, sino que el pescador sale al

encuentro de los peces. Así como un pescador se arma de sus herramientas para la pesca, cuanta más cantidad mejor, así mismo los de Jesús han de armarse con todo lo necesario para llevar a cabo su misión. El encuentro primero llena tanto a los discípulos, que dejan sus pertenencias personales sin ninguna frustración. Es el efecto inmediato de haber encontrado el tesoro escondido, de la capacidad para improvisar ante la oferta de un buen negocio (Mt 13, 44).

Jesús extiende su encuentro más allá de los que ha elegido para que estén más cerca de Él. Integra a la gente. Estar con Jesús sana: “Señor, si quieres puedes limpiarme” (Mt 8, 1). Las lepras desaparecen, la parálisis huye, la fiebre se va, los demonios dejan de atormentar, la camilla se toma en brazos, la sangre deja de desperdiciarse inútilmente, los ojos oscurecidos comienzan a ver, los oídos tapados escuchan, las lenguas mudas hablan, las manos paralizadas recobran movimiento, los muertos resucitan, las personas encorvadas se enderezan, los estómagos vacíos se sacian.

Los frutos de esos encuentros jesuánicos tienen que ver con el proyecto de vida mediante las

bienaventuranzas y la invitación fecunda de ser sal, luz, para vivir en justicia y santidad (Mt 5). Se observa que el Señor establece criterios para los demás encuentros interpersonales en la vida cotidiana. En este sentido, todo el Sermón del Monte es magnífico: invita a la discreción, la prudencia, a no juzgar (Mt 6, 16), y sobre todo, señala la regla de oro: “Traten a los demás como ustedes quieren ser tratados” (Mt 7, 12). Jesús deja claro que todo encuentro cristiano ha de estar marcado por la vida y no la muerte. Esta realidad influye en opciones personales sobre las palabras que se elijan comunicar, las actitudes que se desean socializar, las miradas que se quieren compartir, los abrazos que se busquen regalar, las proximidades que se sueñen realizar, los muros que se pretendan derribar con la presencia. ¿Qué distingue nuestra manera de forjar encuentros?

Jesús: un encuentro transformante

Cuando Jesús pasa y se permite el encuentro, las personas no quedan igual. Al llegar Él a la casa de Marta y María surge la novedad: una mujer se sienta a los pies del maestro en horario de

labores domésticas (Lc 10, 38). Cuando el novio está presente los trastes pueden esperar. Los lavados, las faenas siempre estarán, pero Él no. Jesús está quebrando la mentalidad esclavista que no distingue entre lo principal y lo secundario. Las palabras de Jesús embelesan el corazón mediante los oídos atentos de María. Ella posee un corazón que, en ese exacto momento está ardiendo de amor. No sabe de otra cosa, y nada le importa a no ser la sabiduría que la hace plena. María bebe del pozo profundo de las enseñanzas. A Jesús tampoco le interesa otra cosa que no sea formar a una discípula.

La parte esencial, que a María no le será quitada, es la marca de esa experiencia a los pies de Jesús. En cuanto a Marta, le podrán quitar los platos de la cocina, y hasta la misma casa, pero a María nadie le podrá quitar lo que el Señor ha sembrado en ella con su consentimiento. Los afanes de Marta no han de ser juzgados a la ligera. Ella no ha alcanzado el fino discernimiento. No está atravesada, porque piensa estar en lo correcto.

Marta está en su proceso. Todo indica que da el salto, al final del

diálogo aterriza por la intervención última de Jesús en la escena del texto. Ella guarda silencio. No dice nada más. Entendamos que le da la razón al maestro. Pudiéramos interpretar que esta imagen casera del encuentro amistoso entre Jesús y las hermanas dirige a una postura sensata en la vida, acorde a la tradición sapiencial: “Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo” (Ecl 3, 1). En las propias enseñanzas de Jesús se diría: “¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar. Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán, cuando llegue aquel día” (Mc 2, 19-20).

En el Evangelio de Juan se presenta un encuentro fantástico, el de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4). El pozo, esta vez, es el espacio del encuentro. Es un espacio propio de la mujer, en aquella época. Por eso, el agua, el cántaro, el atrevimiento de la conversación, son indicios femeninos que distinguen la narración. Cuando los pozos estériles, a donde se va en búsqueda de agua, ya no ofrecen vida, Jesús brinda un agua nueva. La intuición femenina intuye qué debe pedir de esa

oferta sin pérdida de tiempo: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla” (Jn 4, 15). De ahí que ella deja el cántaro, porque el agua ya mana por dentro de ella misma. Ella es el nuevo cántaro donde el Señor ha depositado su gracia. Es el nuevo odre, donde transportará el vino nuevo.

Jesús: encuentro de salvación

En Juan 8, 1-11 observamos que, de madrugada, estando Jesús en el templo, le llevan una mujer, según los acusadores, sorprendida en adulterio. Él está rodeado de escribas y fariseos, que le citan la ley de Moisés. Se trata de una “perfecta emboscada”, pues capítulos atrás se dice que buscaban atraparlo y no sabían cómo (Jn 7, 44). El punto de atención era apresar a Jesús y, la mujer, solo era para ellos una “carnada”.

Cuando todos los presentes en la escena están esperando que Él comprometa su palabra, con toda paciencia se pone a escribir (Jn 8, 6.8). No importa tanto lo que escribía, sino el espacio de reflexión que se producía en el escenario mientras se agachaba en el suelo. Antes de agacharse, por

segunda vez, dejó caer una estu-
penda cuestión: “Aquel de uste-
des que esté sin pecado, que le
arroje la primera piedra” (Jn 8,
7). Se fueron retirando dejando
sus piedras.

El encuentro con Jesús en Jn
8, 1-11 salva, no solo a la mujer
condenada, sino a aquellos que,
reconociéndose pecadores, no
tuvieron valor para lanzarle pie-
dras. Vemos, en el texto escogi-
do, que la misericordia baja has-
ta la miseria humana: “Se quedó
solo Jesús con la mujer” (v.9). Él
le hace una pregunta, para que
ella misma constate que quienes
le acusaban se han marchado. Ese
diálogo, donde Él la invita a le-
vantarse, irse, y no volver a pe-
car, son los frutos extraordinarios
de un encuentro transformante.

María, quien unge a Jesús en
Betania (Jn 12, 1-11) nos evange-
liza al testimoniarnos el proceso
que se hace, para el encuentro
con Jesús. Otra vez María esco-
ge la mejor parte: sabe emplear
su tiempo, se dedica a la persona
de Jesús, unge sus pies. Se aba-
ja hasta ellos, con sus cabellos lo
seca, se inclina en cuerpo y alma.
Es puro reconocimiento y adora-
ción. Identifica a aquel a quien no
siempre tendrán entre ellos. Los

pobres siempre estarán. No rega-
tea. Es generosa por el amado.
Abrió y derramó el perfume en el
momento perfecto. Toda la casa
testimonia el derroche. La expe-
riencia se divulga. Los comenta-
rios mediocres son re-direcciona-
dos por Jesús, quien legitima la
entrega. Con la presencia de Je-
sús se abraza la vida, la paz y la
resurrección.

En síntesis: del encuentro con
Jesús nace la sanación, transfor-
mación, conversión, y la conse-
cuente vida misionera. Su invita-
ción está siempre latente, como
lo hizo con Zaqueo, nos invita a
bajar del propio árbol para que-
darnos con Él en la intimidad de
nuestra casa, en el calor del cora-
zón (Lc 19, 1-10). Es en el corazón,
donde la palabra y la persona de
Jesús penetran hasta cultivar lo
nuevo que trae. Es el Espíritu San-
to quien asiste para que el hom-
bre y la mujer puedan abrirse a
tal propuesta (Hch 2, 37). Es en
el rincón interior donde se coci-
na la experiencia, la conversión,
y sus repercusiones salvíficas, que
impulsan a integrar a todas las
personas. Creer en Jesús es reo-
rientar la vida desde una volun-
tad humana hacia una voluntad
de Dios. Se espera de toda perso-
na que haya encontrado a Jesús,

que dé frutos correspondientes a dicho encuentro.

Conforme al sentir del Papa Francisco: “la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: “Cuando estabas debajo de la higuera, te vi” (Jn 1, 48).

¡Qué bueno es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, “lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos” (1 Jn 1, 3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás”. (*Evangelii Gaudium*, 264).